

La persuasión y la retórica

CARLO MICHELSTAEDTER

La persuasión y la retórica
CARLO MICHELSTAEDTER

TRADUCCIÓN DE
ROSSELLA BERGAMASCHI Y ANTONIO CASTILLA

PRESENTACIÓN DE
MIGUEL MOREY

PRÓLOGO Y NOTAS DE
SERGIO CAMPAILLA

TEXTOS COMPLEMENTARIOS DE
MASSIMO CACCIARI, CLAUDIO MAGRIS Y PAOLO MAGRIS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida
o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

TÍTULO ORIGINAL
La persuasione e la rettorica

Copyright © «Pilosophiae Desconsolatio», Miguel Morey
Copyright © «Introducción» y notas, Sergio Campailla
Copyright © «Vecindad de las cosas lejanas», Paolo Magris
Copyright © «La lucha "contra" Platón: Michelstaedter y Nietzsche»,
Massimo Cacciari
Copyright © «Aquellos lejanos años del Instituto de Gorizia» y
«El caso Michelstaedter, entre pensamiento y poesía»,
Claudio Magris

Primera edición en Editorial Sexto Piso: 2009

Traducción
ROSSELLA BERGAMASCHI Y ANTONIO CASTILLA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2009
San Miguel # 36
Colonia Barrio San Lucas
Coyoacán, 04030
México D.F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Monte Esquinza 13, 4.º Dcha.
28010, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

ISBN: 978-84-96867-50-5
Depósito legal: M-40363-2009

Impreso en España

ÍNDICE

PHILOSOPHIAE DESCONSOLATIO MIGUEL MOREY	9
INTRODUCCIÓN SERGIO CAMPAILLA	25
LA PERSUASIÓN Y LA RETÓRICA	45
Prefacio	47
Parte primera. De la persuasión	49
I. La persuasión	51
II. La ilusión de la persuasión	55
III. El camino hacia la persuasión	75
Parte segunda. De la retórica	95
I. La retórica	97
II. La constitución de la retórica	119
III. La retórica en la vida	135
Notas	181

VECINDAD DE LAS COSAS LEJANAS PAOLO MAGRIS	193
LA LUCHA «CONTRA» PLATÓN: MICHELSTAEDTER Y NIETZSCHE MASSIMO CACCIARI	211
AQUELLOS LEJANOS AÑOS DEL INSTITUTO DE GORIZIA CLAUDIO MAGRIS	235
EL CASO MICHELSTAEDTER, ENTRE PENSAMIENTO Y POESÍA CLAUDIO MAGRIS	241

PHILOSOPHIAE DESCONSOLATIO
MIGUEL MOREY

No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena de que se la viva es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Las demás, si el mundo tiene tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o doce categorías, vienen a continuación. Se trata de juegos; primeramente hay que responder. Y si es cierto, como quiere Nietzsche, que un filósofo, para ser estimable, debe predicar con el ejemplo, se advierte la importancia de esta respuesta, puesto que va a preceder al gesto definitivo. Se trata de evidencias perceptibles para el corazón, pero que deben profundizarse a fin de hacerlas claras para el espíritu.

ALBERT CAMUS, *El mito de Sísifo*

«Si acaso el hombre fuera tan sólo un animal de conocimiento, su suerte sería ésta: la verdad lo empujaría a la desesperación y al aniquilamiento, la verdad de estar eternamente condenado a la no-verdad. Al hombre le corresponde únicamente la creencia en la verdad alcanzable, en la ilusión que se acerca merecedora de plena confianza. ¿No vive él en realidad mediante un perpetuo ser engañado...?» Esta cuestión, que el joven Nietzsche se plantea como una suerte de pregunta última ante la que medir entera su tarea de pensador, parece convenirle de un modo especialmente ajustado al caso Michelstaedter. La obra que aquí presentamos, *La persuasión y la retórica*, permite que se formule su desafío también en estos términos, como la descripción del antagonismo radical que separa al animal de conocimiento que alcanza a sostenerse en la punta extrema de su saber, indiferente tanto a la espera como a la desesperación, enteramente *persuadido* de la plenitud del instante presente, y, del otro lado, el común de los

mortales, abducidos por la ilusión de una vida futura, demostrándose en una experiencia meramente retórica del presente, engañados, entregándole a esa retórica la propia vida...

El antagonismo es claro, y Michelstaedter lo presenta en trazos más que vigorosos, ante todo como un lector visionario del fondo más arcaico de nuestro saber: reivindicando el blanco o negro del viejo Parménides frente al gris resultante de la gran mezcla retórica en la que se obstinan las opiniones de los mortales: se es o no se es, no se va siendo... O recordando la vieja lección de Heráclito: que es en la noche cuando le es preciso al hombre encender una luz en su interior, para sí mismo. Y barajando luego la memoria de ambos y la de tantos otros a la vez como se ponen en diálogo en los escritos de juventud de Platón, en el *Gorgias* por ejemplo. Allí, en 515 e, Sócrates arroja finalmente la máscara de su ironía para espetarle a su interlocutor: «Esto no te lo digo por saberlo de oídas sino porque lo veo con claridad...». También Platón, en su enfrentamiento con el príncipe de la retórica, el gran Gorgias, el viejo sabio discípulo de Empédocles que ejerce de sofista en Atenas, le contrapone un Sócrates *persuadido*, que se despoja por una vez de su disfraz de ignorancia, abandonando la sempiterna cantinela del *sólo sé que no sé nada* para presentarse tal cual es en lo profundo, como un conocedor, como un sabio.

Como a Nietzsche, también a Michelstaedter fue Schopenhauer quien le enseñó a leer las lecciones de la antigua sabiduría. Y hay que imaginarlos a ambos inclinados sobre el mismo volumen de los *Fragmenta philosophorum graecorum*, editado por Mullach en 1860, desde que ambos eran muy jóvenes todavía. Discrepan, es evidente, en un matiz importante: Nietzsche piensa que si sólo fuera animal de conocimiento el hombre se aniquilaría, porque sólo gracias al alivio del arte le es posible al conocedor mantenerse en la vida;¹ Michelstaedter por

1 «¿No le oculta la Naturaleza la mayor parte de las cosas, es más, justamente lo más cercano, por ejemplo, su propio cuerpo, del que no tiene

el contrario afirma que es posible sostener el equilibrio en la intensidad de esa luz sin consumirse.

Y hasta ahí llegan las palabras enfrentadas, a las que viene a darles un giro violento lo que sabemos de Michelstaedter. *La persuasión y la retórica* la escribe, entre 1908 y 1910, un joven de veinte años escasos, con la intención de presentarla como *tesi di laurea*. Comienza a trabajar en ella apenas concluida su tesina sobre *L'orazione Pro Ligario tradotta da Brunetto Latini*, un trabajo filológico sobre la transmisión ciceroniana dirigido por el profesor Guido Mazzoni, del que lo único que saca en claro son algunas observaciones sobre la elocuencia y la persuasión en general, según declara, decidiendo entonces profundizar en el asunto con una *tesi di laurea* sobre *Los conceptos de persuasión y retórica en Platón y Aristóteles*, a partir de, básicamente, el *Gorgias*, el *Sofista*, y el *Parménides* platónicos, y la *Retórica* y la *Metafísica* aristotélicas. Será éste el punto de partida para una tarea sembrada de picos y valles que le llevará dos largos años. Pronto su reflexión se diversifica fuera de los límites previstos por el marco académico: escribe en paralelo una obra, a medio camino entre el diálogo socrático y la *operetta morale* leopardiana, *Il dialogo della salute*, concluida el 7 de octubre de 1910 y cuyos dos interlocutores, Nino (Nino Paternolli) y Rico (Enrico Mreule), junto con Emilio Michelstaedter (su primo, a quien

más que una "conciencia" que se lo escamotea? En esta conciencia está encerrado, y la Naturaleza tiró la llave. ¡Ay de la fatal curiosidad del filósofo que por un resquicio desea mirar una vez afuera y por debajo de la cámara de su estado consciente! Acaso barrunte entonces cómo el hombre descansa sobre lo voraz, lo insaciable, lo repugnante, lo despiadado, lo mortífero, en la indiferencia de su ignorancia y, por así decir, montado en sueños a lomos de un tigre.

»"Dejad que siga montado", exclama el arte. "Haced que despierte", exclama el filósofo en el *pathos* de la verdad. Pero él mismo se hunde, mientras cree sacudir al durmiente para que despierte, en una mágica somnolencia más profunda aún—acaso sueñe entonces con las "Ideas" o con la inmortalidad. El arte es más poderoso que el conocimiento, porque él quiere la vida, y el segundo no alcanza como última meta más que el aniquilamiento.»

le dedica la obra, a él y «a quanti giovani ancora non abbiano messo il loro Dio nella loro carriera»), forman la tríada de conjurados de los tiempos escolares en el Instituto de Gorizia, los iniciados en el pensamiento de Schopenhauer, cómplices en el juego del vivir más allá de todas las trampas de la voluntad, en tanto que aprendices de santo o de sabio tal vez.² Ya el 29 de abril del mismo año, en un artículo que le publica el *Gazzettino popolare*, «Ancora lo *Stabat Mater* di Pergolesi» (y que firma como «Uno a nome di Mopti»), ha conseguido una caracterización limpia de lo que entiende por persuasión, aunque también se ha hecho del todo evidente que su reflexión no cabe en una *tesi di laurea*. Concluirá el trabajo, sin embargo, a su aire; llevará hasta su punto más extremo y luminoso lo que puede pensarse a partir de la experiencia del antagonismo entre ambos términos, persuasión y retórica. Finalmente, el 16 de octubre concluye los «Apéndices críticos» que cierran la obra, para acercarse luego donde Argia Cassini, como de costumbre, y pedirle que le interprete la *Séptima* de Beethoven. A la mañana siguiente, después de enviar su escrito por correo al ateneo florentino, se suicida de un disparo de revólver. Tiene, por entonces, 23 años.

Pocas semanas después, el 5 de noviembre de 1910, Giovanni Papini será el primero en llamar públicamente la atención sobre el suceso, afirmando que su suicidio se debía, no a razones externas como el trabajo, el amor o la salud, sino tan sólo a haber aceptado hasta el final, honesta y virilmente, las consecuencias de sus ideas: si Michelstaedter se había matado era por razones *metafísicas*.³ Otros nombres se asocian entonces, maliciosamente se diría, a su empresa, otras figuras:

2 «Salud —indica Michelstaedter en su justificación del título de la obra— que debe ser entendida como *valetudo* y a la vez como *salus*, salud y salvación al mismo tiempo». *Il Dialogo della salute overo della malattia*, edición de S. Campailla, Milán: Adelphi, 1988, pp. 14-15.

3 G. Papini, «Un suicidio metafísico», en *Il Resto del Carlino* [reeditado en *Filosofia e Letteratura*, Milán: Mondadori, 1961].

Empédocles arrojándose al Etna, Sócrates bebiendo la cicuta, el Cristo cargando con su cruz camino del Calvario...

Son dos sin embargo los escritores a los que se ha vinculado más frecuentemente el nombre de Michelstaedter, como si el suicidio de los tres formara parte de un solo y mismo enigma. El primero de ellos, Philipp Mainländer (seudónimo de Philipp Batz), publicó el 1 de agosto de 1876 *La filosofía de la Redención*, donde defiende que dado que la suma de penas es superior a la de las alegrías, es preferible no-ser que ser, por lo que la moral debe entenderse entonces como la ciencia del querer morir.⁴ Al día siguiente de publicar su obra se pega un tiro. El otro, Otto Weininger, se disparaba un tiro en el corazón en la habitación que había ocupado Beethoven en Viena, el 14 de octubre de 1903, cuando acababa de publicar su tesis doctoral, *Sexo y carácter*.⁵ Tenía también 23 años. Y sí, las similitudes son sobrecogedoras: en los tres casos parece que nos hallemos ante un gesto definitivo en respuesta a un trabajo de reflexión desarrollado a través de la escritura, como si se tratara de su consecuencia natural. Es inevitable pensar entonces en la figura del *suicidio lógico*, tal como la teoriza, también en 1876, F. Dostoievski. Se recordará su enunciado:

«*Ergo*: Como a mis demandas de dicha la Naturaleza sólo me responde, mediante mi razón, que no puedo ser feliz sino en la armonía del Cosmos, y yo esta armonía no la entiendo, ni hay nadie que pueda entenderla nunca...

»Como la Naturaleza no sólo me niega el derecho a pedirle cuentas, sino que sencillamente se niega a contestarme..., y no porque no quiera contestarme, sino porque no puede...

4 Philipp Mainländer, *Philosophie der Erlösung*, Frankfurt: Insel Verlag, 1989 (no tengo noticia de que exista traducción al español).

5 Otto Weininger, *Geschlecht und Charakter*, traducción de Felipe Jiménez de Asúa, prólogo de Carlos Castilla del Pino, Barcelona: Península, 1985.

»Estando convencido de que la Naturaleza ha delegado en mí para responder a mis preguntas (inconscientemente) y a mis preguntas responde por conducto de mi razón (pues todo esto me lo digo yo solo)...

»Teniendo, finalmente, en tal estado de cosas, que hacer yo mismo de demandado y demandante, de juez y parte, y encontrando esa farsa de la Naturaleza tan estúpida y dura de aguantar y hasta tan vejatoria...

»En mi indiscutible calidad de demandado y demandante, de juez y parte, condeno a esa Naturaleza, que de modo tan desconsiderado e insolente me ha creado para el dolor... y fallo que debe perecer conmigo... Y no pudiendo yo aniquilar a la Naturaleza, me aniquilo a mí mismo por la sencilla razón de que me carga padecer esa tiranía, de la que nadie es culpable.»⁶

¿Habría que darle la razón a Nietzsche entonces? ¿Será cierto que sólo gracias al velo de ilusión del arte puede encontrar la vida soportable el animal de conocimiento? ¿Nos da Nietzsche una lección de sensatez al indicarnos el camino que le permite soportar la vida al animal de conocimiento? ¿Pero cómo calificar ese camino de sensato si al final de él se encuentra una

6 Fiódor Dostoievski, «Veredicto», en *Diario de un escritor* (octubre de 1876), traducción de Rafael Cansinos Assens, en Madrid: *Obras completas* (IV), 1950, p. 498 y sigs. Insistirá varias veces sobre el tema a lo largo de esta obra, principalmente en las entregas correspondientes al mes de diciembre del mismo año, saliendo al paso de las críticas recibidas y la polémica suscitada por su formulación del *suicidio lógico*. Así, en «Afirmaciones arbitrarias» replica a las acusaciones de un tal señor Eipe (para quien una confesión semejante «representa un ridículo y lamentable anacronismo», porque «éste es el siglo de las ideas férreas», el siglo de las opiniones rotundas, el siglo que enarbola la bandera del vivir a todo trance...), en estos términos: «Mi artículo "Veredicto" se refiere a una fundamental y altísima idea de la existencia humana..., a lo imprescindible e inevitable de que alienten convicciones en el alma inmortal del hombre. Lo que se propone demostrar esta confesión de un hombre que va a morir de *suicidio lógico* es lo imprescindible de una conclusión: que sin fe en el alma y su inmortalidad, la vida del hombre resulta antinatural, absurda e insufrible».

locura presentida desde siempre como un destino? Y sin embargo, ¿cómo no recordar el empeño puesto por Nietzsche en conducir su vida, física y espiritualmente, como un proceso de curación? ¿Contra qué luchaba?

La intuición que curó a Nietzsche a sus casi cuarenta años —la transformación espiritual a la que da lugar hacer la experiencia del instante presente desde la hipótesis del eterno retorno, la soberanía que acarrea alcanzar esa mirada a 6 000 pies de altura por encima de las cosas de los hombres...—, esa intuición es el punto de partida donde comienza a pensar ese joven de veintipocos años llamado Michelstaedter. Lo que Nietzsche intuye no es otra cosa sino la soberanía del persuadido, para quien cada instante se sostiene por sí mismo y no apoyándose los unos sobre los otros, vencidos, inclinados sobre el instante imaginario de la solución siempre por venir... ¿Cómo puede ser que allí dónde Nietzsche encuentra el camino de redención del dolor de la existencia, comience para Michelstaedter el breve trecho que le conduce a la muerte? ¿O acaso no es ésta la pregunta correcta? En cualquier caso, no cabe decir que Michelstaedter ignorara los consuelos del arte: fue poeta, buen dibujante, intuyó como pintor los primeros pasos del expresionismo y se despidió de la vida escuchando la *Séptima* de Beethoven, ¿entonces...? Como tampoco cabe alegar que el suicidio no podía entrar dentro de los planes del joven pensador, dado que lo consideraba como el acto retórico por excelencia, en las antípodas del mundo en el que habitaba el persuadido. Y sin duda es cierto, pero no lo es menos el que entre sus apuntes se encuentran numerosas formulaciones que guardan una gran familiaridad con las premisas del suicidio metafísico. Como ésta, por ejemplo: «Sólo en la muerte obtendrá la libertad, sólo en la muerte encontrará la verdadera actividad, en tanto que reconocerá que la verdadera actividad no existe, porque la verdadera actividad es la nada».⁷ No,

7 Véase la edición de A. Michelis de notas y esbozos de C. Michelstaedter, *Sfugge la vita. Taccuini e appunti*, Turín: Aragno, 2004, p. 118.

el suicidio de Michelstaedter y su relación con *La persuasión y la retórica* componen un enigma, una puerta abierta que no se deja cerrar tan fácilmente.

«Lasciami andare oltre il deserto, al mare...» —había dejado escrito Carlo Michelstaedter en su poema dedicado «Alla sorella Paula». Ahora, en la mitad de un mar monótono e indefinido, rumbo a América del Sur, su antiguo compañero del Instituto de Gorizia, Enrico Mreule, lo recuerda. Así comienza *Un altro mare*, la novela de Claudio Magris que rescató del olvido para el gran público la figura del joven filósofo goriziano.⁸ En ella, siguiendo las andanzas de Enrico, su colega de siempre, el protagonista del *Dialogo della salute*, el amigo que le da el revólver fatídico poco antes de embarcarse, acompañándolo, asistimos a un ejercicio dramático, insólito y fascinante: Enrico se entrega a la tarea de dar cuerpo a la mirada que Michelstaedter logró dejar plasmada en *La persuasión y la retórica*; sigue empecinado

8 Claudio Magris, *Otro mar*, traducción de Joaquín Jordá, Barcelona: Anagrama, 1992. Por una vez, es imposible dar mejor indicación del contenido de esta pequeña maravilla de narración que la que nos propone la contraportada de la edición española, permítaseme pues el pequeño homenaje de reproducir aquí lo que allí se dice. «En vísperas de la Gran Guerra, el joven Enrico, helenista y filósofo, se embarca para Sudamérica y desaparece en el anonimato y en la soledad, un gaucho en la remota Patagonia. Abandona su Gorizia, todavía de los Habsburgos, con su mosaico de culturas diferentes: la ciudad de Carlo Michelstaedter, el amigo que ha marcado para siempre su destino, haciéndole vislumbrar un absoluto que no conseguirá alcanzar y sin el cual no conseguirá vivir, dejándole una herencia espiritual que será el único sentido de su vida pero que, demasiado elevada y opresiva, acabará por sumirla en una destructora y obsesiva fidelidad.

»Entre la fuga a la Patagonia y el retorno al mar istriano, entre la caída del imperio y las tragedias de la segunda guerra mundial y del comunismo, entre los grandes espacios transoceánicos y el empecinado retiro inmóvil en un escollo del Adriático, la existencia de Enrico, rica de aventuras, amores y vicisitudes, se consume internamente en un ansia de perfección que la conduce a la nada, se quema por exceso de luz y se cierra en un amargo y nostálgico rechazo, sobre el gran fondo del mar, de su encanto y de su vacío.»

en la senda imposible de su lección y su ejemplo durante toda su larga vida. «Él ha visto nacer ese libro, cuando Carlo lo escribía mientras preparaba la tesis de doctorado en Florencia. La portada color marfil tiene un borde negro, un negro profundo que a trechos parece azul noche, en el cual unas líneas claras se persiguen y se encabalgan como olas. Son páginas que contienen la palabra definitiva, el diagnóstico de la enfermedad que corroe a la civilización. La persuasión, dice Carlo, es la posesión presente de la propia vida y de la propia persona, la capacidad de vivir plenamente el instante, sin sacrificarlo a algo venidero o supuestamente venidero, destruyendo así la vida en la esperanza de que pase lo más rápidamente posible. Pero la civilización es la historia de los hombres incapaces de vivir persuadidos, que construyen la enorme muralla de la retórica, la organización social del saber y del hacer para ocultarse a sí mismos la visión y la conciencia de su vacío» [p. 70]. Enrico vivirá todos los días de su vida encarándose con esta convicción, luchando, sin dejar de ponerse a prueba ni un solo instante. «En la nave que ahora surca el Atlántico, ¿Enrico está corriendo por correr o bien por llegar, por haber ya corrido y vivido?» [p. 15]. Con esta pregunta comienza su viaje y así será en adelante, sabiéndose siempre en peligro y asumiendo el riesgo con la sola brújula que dibujan las palabras de su amigo Carlo. «Tú sabes situarte por entero en el presente, Rico, le habían dicho cuando partió, navegas por el mar abierto sin buscar temeroso el puerto y sin empobrecer la vida con el temor a perderla» [p. 16]. Así comienza Enrico su vida en el desierto.

Luego vendrán los tiempos de la usura: ya las heridas no sanan a la velocidad de antes, el mismo vivir es algo que se gasta, y se comienza a comprender que al final es siempre la vida misma lo que nos mata. Tiempos de la vuelta a casa, por tanto, pero a una soledad estupefacta ahora, ante una realidad que se ha vuelto enteramente histórica, retórica, sostenida tan sólo sobre las razones del futuro que ha de venir, el comunismo, los fascismos...

Cuando Dostoievski reclamaba a los sabios e intelectuales que se ocuparan en reflexionar el significado de la oleada de suicidios que veía crecer en su tiempo, poco podía imaginarse el modo perverso en que esto se llevaría a cabo. Difícilmente hubiera podido imaginar que se cuantificaría esa oleada en tasas estadísticas y que, muy poco tiempo después, tomando sus variaciones como indicadores objetivos de la anomia social, Durkheim fundaría la sociología, la posibilidad de un discurso científico sobre la vida en común.⁹ Dostoievski seguramente habría aceptado de buen grado el egoísmo y el altruismo como varas de medir, son términos morales al fin y al cabo, pero ante la noción misma de anomia es más que probable que hubiera replicado, ¿y qué ocurre con ese famoso cuarto factor del que nada se dice, qué ocurre con el llamado *fatalismo*? Lo que es seguro es que nadie le habría hecho el menor caso. Y es que, con esta reivindicación de la importancia de las tasas, se acababa de dar el primer gran paso en dirección a imponerle a la mirada social la *ratio* de las estadísticas, un nuevo *logos* para una nueva *polis*. Auschwitz está ya a la vuelta de la esquina.

Nacido en Gorizia, el 3 junio de 1887, en el seno de una familia judía italiana perteneciente a la burguesía media, estudiante de Matemáticas en la Universidad de Viena primero y luego en el Istituto di Studi Superiori de Florencia, adonde llega fascinado por su arte, Carlo Michelstaedter, ¿qué hubiera pensado él de todo eso? La verdad es que resulta bien difícil imaginar una respuesta. Si no se hubiera suicidado a los 23 años, seguramente él también habría tenido ocasión de vivir los grandes acontecimientos históricos que sacudieron la vida de su amigo Enrico, la caída del imperio y las tragedias de las dos guerras mundiales, el comunismo, los fascismos, Auschwitz... «Sí, ese Reich milenario es la prueba de que la

9 Émile Durkheim, *Le suicide, étude de sociologie* (1897), traducción de Mariano Ruiz-Funes, Madrid: Editorial Reus, 1928; reedición facsímil en Madrid: Akal, 1982,

retórica es muerte y destrucción. Sí, repite Enrico para sí y en las cartas a Paula y a algún amigo, Carlo ha sido exactamente el más grande; su sol —escribe— es incluso más fuerte que el de Parménides y Platón, sus rayos llegan más lejos. También el eco de todas esas tragedias e infamias no hace sino repetirse al oído, sofocado y deformado, ese nombre» [p. 106]. Y sí, éste es el punto de vista de Enrico, repitiendo lo que Carlo escribiera treinta años atrás, sí, pero ¿cuál habría sido la respuesta de Carlo en el caso de que hubiera alcanzado a vivir ese tiempo? ¿Habría renunciado, también él, a tomar partido, como Enrico?¹⁰ ¿Habría decidido, él también, callar lo que pensaba «sobre revoluciones y contrarrevoluciones, sobre todos aquellos que quieren acelerar la llegada del futuro» [p. 109]? ¿Habría conseguido Carlo mantenerse *despierto*, como un persuadido, también en la cárcel, bajo la tortura?¹¹ Está claro que es imposible saberlo.

Lo que sin embargo no cabe pasar por alto es el modo en que la experiencia de Auschwitz devuelve al suicidio parte de su antigua profundidad moral. Los casos de Paul Celan (1970), Jean Améry (1978), Primo Levi (1987), o Bruno Bettelheim

10 «La existencia, a este lado del telón de acero, es dura y pesada. “Querido Biagio, si las cosas no cambian no podré resistir mucho más tiempo. El aniquilamiento de la persona es tan completo que la mínima actividad llega a ser casi imposible. Ésta es también la razón por la que he dejado de escribir.” No escribir, no decidir, no apresurarse; mantenerse al margen, tranquilo, permanecer inmóvil como una encina que contempla el mar. “Querida Paula, la gente parte continuamente. Todavía no sé qué decisión tomaré, sin embargo no tiene ninguna urgencia. Está claro que lo único que deseo es no abandonar el mar...” También Punta Salvore entra a formar parte de la apuesta de una partida que se juega lejos, no tanto entre Italia y Yugoslavia, como entre las grandes potencias que, por no haber leído *La persuasión y la retórica*, creen que pueden disputarse el dominio sobre el mundo» [pp. 110-11].

11 «Sólo compartir por tanto tiempo la celda con tantas personas es insostenible. En la habitación se estanca un hedor fétido, el ácido sudor que viene del miedo, no del calor del verano ni siquiera del cansancio. No temer la muerte ni nada, no temer temerla. Es difícil vivir persuadidos este instante, el hedor, los interrogatorios, las palizas, no esperar que pasen, que llegue el futuro en que se abra esa puerta y se pueda salir» [p. 107].

(1990), entre muchos otros, parece que obligan a reabrir la mirada según ese frente. ¿Acaso porque se trata también de suicidios *lógicos*, de una nueva forma de *suicidio metafísico*? Y en caso de ser así, ¿qué cabría pensar al respecto? Se cuenta que Bettelheim se dedicó al cuidado de los niños autistas al observar en su comportamiento similitudes fundamentales con el fatalismo de los llamados *musulmanes* en los campos de concentración, de nuevo el fatalismo.¹² Y se sabe que Victor Frankl, otro superviviente de Auschwitz, comenzaba sus sesiones de logoterapia con la pregunta: «Ya que todo le va tan mal, ¿por qué no se suicida usted?». ¹³ ¿Habría que decir entonces que, después de Auschwitz, se abre una nueva puerta en el enigma que componen el suicidio de Michelstaedter y las lecciones de *La persuasión y la retórica*?

En la mitad del mar monótono e indefinido, lo primero que recuerda Enrico son las clases de griego del profesor Konrad Nussbaumer, en el viejo Instituto de Gorizia: «Ἀρετὴ τὴν ἰσχυρὴν φέρει, la virtud trae consigo el honor. Realmente, para ser exactos y obedecer las buenas reglas de la filología, *Tugend bringt Ehre...*». En buena medida, si no cabe imaginar lo que Michelstaedter hubiera pensado del mundo que hizo posible Auschwitz es por la sencilla razón de que nunca perteneció al mundo que iba a hacer que tal cosa fuera factible. Decir que su única morada fue el archipiélago inmemorial de las letras clásicas es decir demasiado poco todavía. A todas luces se trata de algo mucho más grave, del modo cómo, poniendo su existencia de por medio, devolvió a la vida del pensamiento algo de la experiencia del mundo fosilizada en aquellas lenguas muertas. La diferencia entre la persuasión y la retórica también es ahí donde se juega. Cuando Hölderlin constata la imposibilidad de los dioses homéricos, cuando Nietzsche denuncia la impotencia de

12 Bruno Bettelheim, *La fortaleza vacía*, México: Fondo de Cultura Económica, 1976

13 Victor E. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, Barcelona: Herder, 1979.

la filología para resucitar el sentido de la experiencia vital de los antiguos sabios, también hablan como persuadidos, desde la voz viva de lo que para los demás es tan sólo una lengua muerta. Tal vez sea debido a este profundo carácter intempestivo suyo por lo que irrumpe con esa fuerza la reactualización fantasmal de la aventura espiritual de Carlo Michelstaedter a partir de sucesos tan nuestros como Auschwitz, tan demasiado nuestros. En todo caso, que la lección de inactualidad de este libro lo convierte en un privilegiado espejo en el que interrogar nuestro presente está fuera de toda duda —para quien quiera aventurarse a leer, es toda una caja de sorpresas, un laberinto de buenas preguntas que están todavía por acabar de hacerse.

Y la primera de ellas bien podría ser, ¿hubiera existido el platonismo, o mejor, existiría hoy la filosofía tal como la conocemos si Sócrates no hubiera bebido la cicuta?

L'Escala, febrero de 2008

La edición que presentamos de *La persuasión y la retórica* es traducción de la clásica establecida por Sergio Campailla (Milán: Adelphi, 1999), de quien se incluye además su documentada introducción a la edición italiana, que nos ofrece toda la información pertinente para una ubicación cabal del contenido y circunstancias del texto. Adicionalmente, en los «Anexos» se han incluido cuatro textos complementarios: «Vecindad de las cosas lejanas» de Paolo Magris, donde se aventura una caracterización del itinerario espiritual de Michelstaedter encuadrándolo en la amplia panorámica sapiencial que le es íntimamente afín. Luego, «La lucha “contra” Platón: Michelstaedter y Nietzsche» de Massimo Cacciari, originalmente una comunicación para el congreso goriziano de 1987, que se publicó posteriormente ampliada, en francés, en *DRAN. Méridiens de la décision dans la pensée contemporaine* (París : Editions de l'Éclat, 1992). Se trata de una lección magistral en la que se mide la distancia que separa la reflexión de Nietzsche y la de Michelstaedter, tan a menudo consonantes, contraponiéndolas en la relación